

Ana Alonso

# La princesa inca

Ilustraciones  
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: febrero 2019

Dirección de la colección: Olga Escobar

- © Del texto: Ana Alonso, 2019  
© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2019  
© De las fotografías de cubierta: Depositphotos (Byelikova),  
iStockphotos/Getty Images (edurivero),  
123RF (dashadima; Karel Joseph Noppe Brooks)  
© De la fotografía de las fichas: Archivo Anaya (Lezama, D.)  
© Grupo Anaya, S. A., 2019  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
[www.anayapizcadesal.com](http://www.anayapizcadesal.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano  
y Patricia Gómez Serrano

ISBN: 978-84-698-4888-3  
Depósito legal: M. 38824/2018  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# La princesa inca

Ilustraciones  
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

# CAPÍTULO 1

A mí me encantaría llamarme Jimena, o Lucía, o Celia. Sara o Daniela tampoco están mal. Todos son nombres de niñas de mi clase. Pero yo me llamo Evelyn, y una de las primeras cosas que aprendí en el colegio es que ese nombre no le gusta a casi nadie. Marisol, la maestra que tuvimos en tercero, me llamaba «Evelina» porque decía que Evelyn no era un nombre de aquí. Y algunas veces hacía como que se equivocaba y me llamaba «Adelina». Algunos compañeros se reían. Alejandra, una niña que se sentaba conmigo en cuarto, me dijo un día que no le gustaban los extranjeros porque tenemos nombres difíciles. ¡Ya ves tú qué tontería! Como si «Alejandra» o «Jimena» fuesen más fáciles de pronunciar que «Evelyn».

Además, yo no soy extranjera. Nací en España, aunque todos en el colegio se empeñen en decir que soy peruana. Es verdad que mi madre procede de una ciudad llamada Cuzco, en las montañas de Perú. Pero vino a España hace muchos años. Mi hermano y yo

nacimos aquí en Madrid, y yo nunca he viajado a América.

Mi madre dice que no tengo que avergonzarme de mis raíces, porque nosotros procedemos de un pueblo que hizo cosas hermosas y grandes: de los antiguos incas. Los incas eran los gobernantes de un imperio enorme a principios del siglo XVI, cuando llegaron los conquistadores españoles. Su territorio se extendía desde lo que ahora es Colombia hasta Chile y Argentina, pero su capital, la ciudad más importante de todas, era Cuzco, precisamente el lugar del que procede mi familia.

Mis abuelos maternos solo hablan quechua, que es la lengua de los antiguos incas y que aún se utiliza en muchas zonas de la cordillera de los Andes. Mi madre me ha contado que su padre se dedica todavía a cultivar patatas y que su madre teje mantas y jerséis con lana de alpaca, que es un animal parecido a la llama típico de aquellas tierras. Mi madre se llama Rosa y tiene dos hermanos que viven en Cuzco: Diego y Federico. Diego es guía turístico y Federico trabaja de taxista. Los dos tienen hijos más o menos de mi edad y de la de mi hermano Nelson, que acaba de cumplir siete.

A veces, mis tíos de Cuzco mandan fotos por WhatsApp. Mi madre nos las enseña orgullosa a Nelson y a mí. Se me hace extraño pensar que tengo cinco primos al otro lado del océano y que nunca los he visto ni he hablado con ellos. ¡Debe de ser bonito pertenecer a una familia grande, con abuelos, tíos y tías, y primos de tu



edad! Nosotros en España no tenemos a nadie. Mi padre se separó de mi madre cuando ella estaba embarazada de Nelson, y no hemos vuelto a saber nada de él. Mi madre no lo critica nunca, y cuando Nelson o yo le preguntamos por qué se fue ella contesta que era un hombre inmaduro y que no sabía lo que quería. Nelson, que no lo llegó a conocer, siempre se imagina que regresa cargado de regalos y que nos dice que se ha hecho rico y nos lleva a vivir a una casa lujosísima en la playa. Yo sé que eso son fantasías de niño pequeño. Mi padre no va a volver. Se portó fatal con nosotros, pero no importa, porque mi madre se basta a sí misma para sacar toda la familia adelante, y gana lo suficiente para que no pasemos apuros. De mi padre solo me queda un recuerdo borroso: estábamos en una feria y yo iba montada en un tiovivo. Él me decía adiós con la mano en cada vuelta. Tenía el pelo muy negro y brillante, como Nelson y como yo.

Mamá también tenía el pelo así antes, pero ahora se lo ha teñido de color cobre. No sé si lo ha hecho para parecerse más a las mujeres europeas. La verdad es que, a pesar del tinte, se nota a la legua que es latina. Un día se lo dije, y ella me contestó.

—Evelyn, ser peruana no tiene nada de malo. Yo no quiero ocultar de dónde vengo. A mí me gusta mi país, y algún día, si puedo, quiero volver a él.

Cuando dijo eso me dejó bastante preocupada. Seguro que Perú es un sitio increíble, pero es el país de mi madre, no el mío. Yo he nacido en España y no quie-

roirme a ningún otro sitio. Aunque algunas veces tengo la sensación de que aquí tampoco encajo. Nunca voy a ser como los otros chicos y chicas de mi edad. Vengo de otro pueblo, de otro mundo. Y todos, mi madre, mi hermano, mis compañeros y hasta los profesores, se empeñan en recordármelo a cada minuto.

Yo sé que no lo hacen con mala intención, pero ¡me gustaría tanto sentirme una más y no tener que estar siempre dando explicaciones sobre las cosas que me hacen diferente! El otro día, por ejemplo, Laura, la profe de inglés, me dijo delante de toda la clase que le encantaba mi jersey. Yo sé que no hay ninguna maldad en eso, pero ¿por qué tuvo que hablar de mi jersey delante de la clase entera? Yo odio ese jersey. Ese y todos los que me hace mi madre. Ya sé que tienen mucho valor porque están tejidos a mano por ella, pero yo preferiría llevar un jersey normal comprado en una tienda y no esas lanas de colores tan vivos en las que todo el mundo se fija.

Yo creo que si llevara otros jerséis mi vida sería más fácil. Las otras chicas de la clase hablarían más conmigo. No me sentiría sola. A ver, no es que me esté quejando de que me acosen ni nada. Nadie me trata mal. Ni mal ni bien. Simplemente, me ignoran. Hace poco me enteré de que casi todas mis compañeras están en un grupo de WhatsApp. A mí nadie me preguntó mi número para incluirme en el grupo. Habría dado lo mismo, porque yo no tengo teléfono. Mi madre dice que no me hace ninguna falta de momento, que puedo



usar el de ella para investigar cosas por Internet, y que es mejor dedicarse a leer y a estudiar que perder el tiempo en WhatsApp y en Instagram. O sea, que no habría podido entrar en ese grupo de mi clase. Pero es que ni siquiera me preguntaron... ¡Es como si yo fuera invisible para ellas, como si no existiera!

A lo mejor si llevase ropa más parecida a la de las otras chicas y mi pelo fuese menos moreno y no me llamase Evelyn las cosas serían distintas. Las compañeras hablarían más conmigo. No me pasaría sola los recreos en la biblioteca. Mi madre dice que pasar los recreos en la biblioteca no tiene nada de malo y que eso es lo que ella quiere, que aproveche todas las oportunidades para mejorar mi educación. Ella tuvo que dejar de ir al colegio y ponerse a trabajar a los trece años. Por lo visto era buenísima haciendo cuentas y resolviendo problemas. Todavía ahora, cuando tengo algún ejercicio difícil de cálculo le pido ayuda. Es muy rápida en el cálculo mental. Si hubiera podido estudiar, seguro que se habría dedicado a las matemáticas.

No sé; a lo mejor mamá tiene razón y exagero con lo de que me siento sola y no tengo amigas. Puede que sea culpa mía; soy yo la que no me acerco a las demás... ¡Pero es que no sé cómo hacerlo!

De todas formas, hoy ha pasado algo que me ha hecho sentir menos sola de lo normal. Nuestra profe Luisa nos ha mandado hacer un trabajo de equipo sobre algún tema de Historia. Yo ya estaba temblando



porque pensaba que todos se iban a organizar en grupos sin contar conmigo y que me iban a dejar de lado. Pero entonces Héctor, un niño que se sienta siempre en primera fila, se me acercó y me dijo:

—Evelyn, yo quiero hacer el trabajo contigo.

Me quedé de piedra. Héctor y yo somos compañeros desde primero de Infantil, pero no hablamos casi nunca. En el recreo, Héctor es de los que juegan al fútbol y no hace caso de nada más. ¡Yo pensaba que ni siquiera sabía mi nombre!

—¿Y eso por qué? —le pregunté con desconfianza.

—Porque quiero hacer el trabajo sobre los incas. Mis padres estuvieron en Perú el año pasado y vinieron entusiasmados con todas las ruinas de los incas que habían visto. Mi madre es arqueóloga, ¿sabes? Aunque ahora no trabaja. Los arqueólogos son los que buscan restos de antiguas civilizaciones y descubren de cuándo son y para qué servían.

—Ya sé lo que son los arqueólogos —contesté, algo picada—. No soy idiota. Y tampoco soy inca, siento decepcionarte. Los incas desaparecieron hace quinientos años.

—Pero eres de Perú —replicó Héctor, animado—. ¡Seguro que te interesa hacer un trabajo sobre la civilización de tus antepasados! Por eso he pensado en ti.

En ese momento se nos acercó Julia. Por lo visto, había estado escuchando la conversación desde su pupitre.

—Perdonad, ¿os importa que me una a vuestro grupo? —preguntó—. He oído lo de los incas, y a mí también me interesan.

—¿Por qué te interesan? —quise saber yo.

Julia es una de las chicas más estudiosas de la clase. Siempre saca buenas notas. Yo también, la verdad, pero Julia además se expresa muy bien, y en inglés siempre saca diez en todos los exámenes.

—Me interesan los incas porque no sé nada de ellos —contestó Julia mirándome a los ojos—. He leído bastantes cosas de los romanos, de los griegos, de los egipcios... Pero de los incas, ¡nada! Me parece un tema original. ¿Me admitís en el grupo?

Por un momento me quedé sin saber qué decir. ¿Julia me estaba pidiendo permiso a mí para entrar en el grupo? ¿De verdad?

Creo que finalmente dije que sí con la cabeza. Julia y Héctor sonrieron.

—Genial —dijo Julia—. Pues, si queréis, mañana por la tarde quedamos en mi casa para empezar a trabajar.



## La princesa inca

Evelyn está preocupada por la situación de su madre en el trabajo, donde su jefe la somete cada día a mayor presión. Pero todo empieza a cambiar cuando recibe la visita de Sami, una antigua princesa inca que es su antepasada. Sami enseñará a Evelyn a sentirse orgullosa de sus orígenes y le ayudará a resolver sus problemas familiares.

## Con este libro aprenderás...

Sobre la antigua cultura inca y acerca de la igualdad de género.

**A partir de 10 años**

